

cinos que desde el medio día habían cerrado las puertas de sus casas. Lo que los profanadores codiciosos no pudieron recoger fué destinado al fuego, y las llamas devoradoras de lo más bello, de lo más rico y de lo más santo alumbraron con lívida é intermitente luz la villa, sepultada en el silencio del espanto y del terror.

Al amanecer del día once, los que visitaron el monasterio se encontraron solamente con paredes desnudas y ennegrecidas, sosteniendo vacilantes el enorme peso de una bóveda ruinosa. Tres días y otras tantas noches duró el saquéo, durante los cuales las imágenes de la Virgen y de los Santos eran sacrilegamente arrastradas con sogas por las calles, llevadas á los puentes, y echadas al río con estúpida algazara. Inútilmente el jefe del batallón hacia esfuerzos sobrehumanos para contener. Nadie obedecía. En cuanto al Ayuntamiento, apenas logró impedir con gran dificultad y á peso de oro, que no se extendiese el saquéo á casas particulares, sin que pudiese librarse de los foragidos la de D. Agustín Deop (casa Agustinet) que saquearon durante largas horas, só color de que en ella estaban escondidos los tesoros del Abad. El jefe desobedecido despachaba repetidos partes reclamando fuerzas; nadie escuchaba, nadie acudía.

Por fin, después de tres días de angustias mortales, el gobernador de Berga D. Gerónimo Oliver se presenta con un batallón de tropa de línea, un piquete de caballería y una partida de guías, con lo cual, sorprendido el batallón indisciplinado huye con su rico botín á la desbandada y sin jefe hácia Vich, donde no se le tolera la entrada. Tampoco Barcelona quiere albergarle, y es disuelto en San Andrés.

Tal fué el indigno y lamentable fin del glorioso monasterio de Ripoll. Los años anteriores celebraban los monjes *en el mismo día* el aniversario de la muerte del

gran Wifredo el *Velloso* ante un templete cubierto de flores. Por espacio de 932 años había sido guardada inviolablemente esta costumbre. El 11 de agosto de 1835 los monjes fugitivos y dispersos dejaban por vez primera de tributar fúnebres obsequios al inmortal autor de la Reconquista catalana, para llorar el indigno incendio del Monumento, erigido por aquel en memoria de sus primeras victorias.

Ni los perpetradores de tamaño crimen, ni la villa, huérfana con tal ruina de la madre que le diera el ser, gloria y pujanza, dejaron de sentir muy pronto las iras del cielo.

Uno de los primeros actos de Oliver fué pasar por consejo de guerra á cuantos migueletes se encontrasen cómplices en los asesinatos é incendio descritos. Tres quedaban, muy contra su voluntad, en la villa. Era el principal el infame asesino del anciano Llisach, el jefe de los incendiarios, el brutal Cristino, quién, no satisfecho con tan criminales excesos, antes de despedirse de la portada, dirigió su vista altanera á la veneranda estatua de San Pedro, y apostrofándola vilmente, separó á martillazos del tronco la cabeza. Quiso la Providencia que, antes de rodar aquella por el suelo, cayese aplastando de lleno y con toda su fuerza el pié derecho del escandaloso miguelete quién, entre agudísimos ayes de dolor, fué arrastrando, entre las risotadas de sus amigos, á una casa vecina, no sin que maldijese mil veces la cabeza, el martillo y á si mismo. ¡Justos juicios de Dios! á la llegada de Oliver, imposible le fué escaparse con sus cómplices; falló el consejo de guerra, y Cristino fué pasado por las armas. Entretanto fallecía en el Hospital un su compañero á quién el plomo derretido que goteaba del órgano le corrió por las vértebras cuan-

do embistiendo se preparaba al asalto de la llama alimentada por venerandas imágenes; otro gemía oculto, irritado por la pérdida de un ojo que le vació una astilla desprendida de la estatua de un Santo evangelista, en el instante que el misero la destrozaba. ¡Casualidades! se dirá. Está bien, casualidades; pero casualidades vistas y atestiguadas por centenares de personas. Otras casualidades nos toca aún consignar.

Del disuelto batallón se enviaron á la autoridad local cien mozos para reforzar la milicia de la villa. Fueron apostados, una semana después, á orillas del Ter, y trabaron con el enemigo una reñida acción. Los ripolleses que desearon certificarse de aquel hecho de armas, vieron con asombro, sobrecogidos de religioso terror, numerosos cadáveres flotando en la orilla. ¡Eran cadáveres de impíos tiradores, de los mismos que más se habían distinguido en arrastrar santas imágenes por las calles y arrojarlas puente abajo con estúpida algazara!

Dos años después, en 27 de julio, el general carlista Urbiztondo se apoderó de la villa, después de una honrosa capitulación. Sabedor de este acontecimiento el Abad Borrell, volvió presuroso de Francia con ánimo de activar las obras de reparación de la basilica incendiada. El pueblo ripollés, apenas divisó á lo lejos la comitiva de su prelado, echó al vuelo las campanas, saliéndole á recibir en masa, precedido de algunos monjes, el clero parroquial, el Baile y el Magnífico Ayuntamiento.

Desgraciadamente para Borrell, la Junta Superior establecida en Berga decretó aquel mismo año que fuesen allá trasladadas todas las campanas de las iglesias del Principado, para con ellas fundir morteros, cañones y demás aparatos bélicos.

Suplicó el prelado que se exceptuasen del decreto las del monumento, para cuya restauración suspiraban los monjes y el pueblo. Desatendidos fueron los ruegos y lágrimas del venerable octogenario, á cuya vista las campanas, más ricas por su valor arqueológico que por su metal precioso, fueron hechas trizas, y con las de San Pedro y San Eudaldo, llevadas á la maestranza de Berga. Desairado el Abad dejó de nuevo la población, y adorando los designios de la Providencia, de ella sola esperó el remedio.

A partir de entonces, calamidades sin cuento llovieron sobre los valles del Ter y del Fraser y, como si la población que había tenido su origen en el Real Santuario no pudiese sobrevivir á tan sacrílegas y antipatrióticas profanaciones, los acontecimientos políticos precipitaron su ruina.

Envuelta en los horrores de la guerra civil, pérfidamente abandonada á sus propias fuerzas, sucumbió en 27 de mayo de 1839, admirando su heroísmo los mismos que la combatían (1). Más de quinientos moradores habían perecido, los que sobrevivieron fueron dispersados ó hechos prisioneros de guerra. Minas de pólvora volaron los puentes, voraces llamas consumieron las casas de los magnates y las humildes moradas de los industriales, la piqueta demoledora fué aplicada luego, durante tres meses consecutivos, á derruir la villa de

(1) De D. Gaspar Diaz de Lavandero, autorizado testigo ocular del sitio, son estas palabras: «He presenciado grandes acciones de armas, me he hallado en la mayor parte de las tomas de todos ó casi todos los puntos conquistados por el génio de la época en el campo carlista, unas veces por afición y otras por deber; asistí á las de Echarri, Aranaz, Villareal de Zumárraga y Vergara, á las de Plencia, Lequeito y Balmaseda, á los dos sitios de Bilbao; he visto heroísmo, constancia y fidelidad en una y otra parte, pero nada que llegue al ataque y la defensa de los fuertes y villa de Ripoll.» (*Historia de la guerra civil en la última época*. Madrid. 1847, cap. XIV, pág. 344).

los Arnulfos y Olivas. El viajero que en agosto de aquel año se dirigía á la confluencia del Ter y del Fraser, veía aterrado levantarse entre humeantes escombros é insepultos cadáveres la basilica de Oliva incendiada, las casas monacales desiertas, la iglesia de San Pedro convertida en inservible fuerte, la de San Eudaldo privada del Santo titular que con los prisioneros de guerra fué conducido á Berga. La desolación y el silencio de la muerte sustituían al ruido de los talleres, á las alegres canciones de los artesanos, á la majestad y grandeza de las funciones religiosas. La villa de los Abades habia seguido la trágica suerte del monasterio.



CAPÍTULO XV

EFFECTOS DE LA DESAMORTIZACIÓN EN EL CENOBIO.

RUINA DE SU TEMPLO.

Los repobladores de la villa.—El monasterio es su asilo.—Junta de restauración.—Gestiones para salvar el templo de SANTA MARÍA.—Lo concede el gobierno para parroquial.—Caduca la concesión.—Muerte del Abad Borrell.—La desamortización.—Venta del palacio abacial, del colegio May y demás dependencias no monumentales del cenobio.—Proyectos bastardos contra el histórico templo.—Escandalosa venta del artesonado del Claustro-Panteón.—Ruina del ala de los sepulcros condales.—Trágica muerte del delegado de la desamortización.—Reacción favorable al Real Santuario.—Tristes escenas en su recinto durante el cólera de 1854.—Hundimiento de la gran bóveda ojival.—Aspecto de las ruinas del gran monumento.—El laureado romance ¡RIPOLL! del eminente poeta Francisco Ubach y Vinyeta.—Consideraciones.

HABIAN apenas trascurrido dos años, cuando ya numerosas familias estaban de regreso en la confluencia del Ter y del Fraser, buscando entre ruinas sus desaparecidos hogares. «*La nostalgia nos consume*»; tal era la respuesta con que mutuamente se explicaban su presencia en aquellos sitios. ¿Cuál fué de momento su pro-

1837